

## El derecho a ser diferentes

A la luz de los recientes acontecimientos ocurridos en la localidad de Martos, donde una riña acabó en el incendio de las casas de los gitanos, el autor del artículo aprovecha la ocasión para hacerse algunas preguntas y examinar si realmente estamos ante una sociedad racista o no, defendiendo el derecho a ser diferentes.

LOS vergonzosos sucesos de Martos ni han sido los primeros en su género en Andalucía, ni —mucho me temo— serán los últimos. Esta vez la incompreensión y el odio desembocaron en barbarie, en irracionales deseos de destrucción, incluso de asesinato. Centenares de personas, que en su vida cotidiana hay que considerar normales, no especialmente violentas, dirigieron toda su indignación, sus frustraciones, precisamente contra los más débiles: contra los diferentes, contra los «otros». Y las cuarenta casas gitanas del Cerro Bajo fueron incendiadas para dar un escarmiento a los «hermanos de raza» de un camorrista. Una pelea sin más alcance, en la que, al parecer, su provocador era gitano, propició la violenta explicitación de una verdad mil veces negada: en nuestra sociedad hay racismo.

Pienso que la mayoría de los andaluces, al conocer la noticia, quedarían consternados, profundamente indignados, por esta transgresión de los más elementales derechos humanos, que mancha, sin duda, el nombre de Andalucía, representada por la Martos aceitunera. Pero me asalta la duda, sin embargo, de que no pocos entre quienes condenen la forma de la acción puedan estar, al menos parcialmente, de acuerdo —lo

reconozcan o no— con su objetivo.

Porque, ¿no son gitanos los chavales que molestan en muchos semáforos a los automovilistas con su insistente ofrecimiento de lavarnos el parabrisas? ¿No son gitanas muchas de quienes en las calles, con sus hijos pequeños, nos piden una limosna, inquietando nuestra conciencia de honrados consumidores de rebajas en los grandes almacenes? ¿Y no leemos asiduamente en la Prensa informaciones sobre reyertas entre familias gitanas, o cómo este tironero o aquel ladrón de viviendas era gitano? (Muy pocas veces, o ninguna, podemos leer que haya gitanos grandes defraudadores de Hacienda o que un navajero sea alto, rubio y avecinado en un barrio residencial. Cuando esto último sucede, sólo podemos leer tres iniciales y no otros datos.)

«No seas gitano»; «sé bueno o te llevará una gitana». ¿No le suenan a ustedes estas frases, incluso pronunciadas por los amorosos labios de su propia madre, o de aquella tía tan tierna, incapaz de hacer daño a nadie?

«Os estáis portando como gitanos», gritaba a sus conciudadanos el alcalde socialista de Martos, con el encomiable deseo de convencerlos de lo antisocial de su comportamiento. A pesar de la expresión, estoy

seguro que el señor alcalde no se siente racista, ¡faltaría más! Como tampoco aceptarían el calificativo los habitantes de esos barrios obreros que se movilizan para impedir el asentamiento en sus proximidades de viviendas para gitanos.

Aquí, y desde siempre, nadie admite ser racista. Como tampoco sexista. ¿No leímos todos, en nuestros textos escolares, que nuestros conquistadores no tuvieran inconveniente alguno en hacer el amor y tener múltiples concubinas, en la gloriosa empresa americana, sin que el color de la piel de las indígenas fuera mayor obstáculo? Si lo fue para contraer matrimonio, tomar los hábitos o poseer cargos; pero estas son pequeñas cosas, magnificadas —ya se sabe— por los malintencionados divulgadores de la leyenda negra.

Ahora dicen algunas autoridades que la Prensa «está exagerando las cosas». La Prensa exagera. ¿Racismo en Andalucía? No lo hay, y aunque lo hubiera, no debe decirse: porque nos desprestigia y podrían retraerse los turistas de ir a los tablaos. Además, ni siquiera ha habido muertos. ¿A qué, pues, tanto ruido?

EL problema, sin embargo, es grave, y lo es aunque no ocurrieran sucesos tan escandalosos como el que acaba de su-

ceder. Mucho me temo, además, que la situación va a empeorar, incluso si se castiga con justicia a los protagonistas de la criminal acción de Martos —lo que dudo—. Y es que el problema, en su núcleo fundamental, se entiende mal, no se comprende adecuadamente.

«A los gitanos hay que tratarlos como a unos ciudadanos más», es la fórmula oficial para resolver el problema. Incorrecto. Erróneo. Los gitanos son, por supuesto, ciudadanos con los mismos derechos que todos los demás ciudadanos, al menos sobre el papel, y es obligación de cuantos se definan demócratas hacer que esta teoría legal sea llevada a la práctica. Cuantas autoridades locales o supralocales obstaculicen esto deberían ser fuimientemente destituidas. Pero todo ello no basta, porque los gitanos no son «unos ciudadanos más»; además de ser ciudadanos, son también gitanos, y han de poder seguir siéndolo sin que tengan que rehusar a ello, a su especificidad cultural, a sus costumbres, a su modo de ver el mundo, para que sean considerados realmente ciudadanos.

La cuestión central es el respeto a los diferentes, el derecho a ser diferente. Porque exigir a un gitano, para no mirarlo con desconfianza, para darle un trabajo, o para aceptar que sal-

(Sigue en página 4) ●●●



Federico Jiménez Losantos

### Tres libros

Es costumbre en estos días preagosto recomendar libros para las anchurosas tardes veraniegas. Como la actualidad política obliga a cancelar notas literarias y como cada vez echamos más en falta cierta información y discusión intelectual en las tribunas públicas, me van a permitir ustedes que les aconseje hoy tres lecturas: un ensayo, una historia y una novela de tres jóvenes autores españoles.

El ensayo es «Los hijos de la sangre», de Javier Tusell, premio Espasa-Calpe de este año, que representa un serio esfuerzo de explicación de todas las claves históricas que confluyeron en la tragedia civil y de interpretación moral desde un punto de vista democrático. Escrito pensando en las generaciones más jóvenes, tiene gran utilidad para desintoxicarnos de las parcialidades calvífias.

Otro libro, ideal para el verano, una historia asombrosa de espías, agentes, traiciones, ambiciones, heroísmo, fanatismo, fe, crueldad, astucia y generosidad, es el de Gregorio Morán «Miseria y grandeza del PCE (1939-85)» (Editorial Planeta). La documentación manejada por el autor en los archivos recién abiertos del PCE es absolutamente escalofriante. Ni el más feroz anticomunista hubiera sido capaz de inventar historias como las que realmente sucedieron, aquí y en el exilio, pero; a pesar de todo, junto a personajes siniestros, uno acaba por admirar el temple humano de muchos otros de

### AGUJONES Y LAURELES

AGUJON y una foto velada de Pulitzer y señora para algunos de los redactores. es un

LAUREL con caparazón al grupo ecologista Greenpeace, que ha lanzado una nueva cam-

AGUJON a seis policías municipales de Hospitalet de Llobregat, que han sido acusa-

LAUREL crítico al CDS de Navarra, que ha calificado de escandalosa la utilización del



Baltasar Porcel

## El péndulo borgiano

**H**ASTA cierto punto me desconcierta el extraordinario coro encomiástico que en nuestras latitudes ha suscitado la figura de *Jorge Luis Borges* a raíz de su muerte. Y que responde a la enorme aceptación, a la popularidad que había conquistado estos últimos años. No es que extrañe los cambios —cuántos habremos hecho y haremos, empezando por mí—, sino que me deja estupefacto

Aunque todo ello en clave casi surrealista, de provocación —en la que debía mezclarse la amargura de su postergación— frente al sacristanesco papanatismo progre. Disfrutaba leyéndolas, aunque sólo las compartiera en ocasiones. Pero era evidente que no se le quería entender. Y que lo pagaba su obra.

La que ahora, también por que progresismo y castrismo se han hundido, es presentada por muchos de los

## La pérdida del sentido público de comunidad

●●● (Viene de página 2)  
en el poder sin fisuras, la gran familia que forma el partido y

## El derecho a ser diferentes

●●● (Viene de página 3)  
ga con nuestra hija, que deje de ser gitano, que no se le note su origen, que no se comporte como tal, es, simple y llanamente, racismo. Aunque no se se

el sindicato hegemónicos. Extraño lenguaje que tanto recuerda al ominoso «régimen anterior». Para este viaje no necesitábamos alforjas tan sudadas.

No se puede recobrar el aprecio del sentido público de comunidad sin introducir el valor de la crítica como ejercicio pa-

significa no rehusar a la pretensión de la superioridad propia. El superior, el que se considera tal, puede escoger entre ser tolerante o no serlo. El subordinado, el colonizado, el explotado, el discriminado, no tiene esa posibilidad de elección. Por eso, la tolerancia es radicalmente insuficiente.

triótico. Encuentro que, en estos días, la crítica es tan mal mirada como en las postrimerías del franquismo. Mala señal. Insonorizados como están contra la crítica, los que mandan acaban creyendo que sólo ellos tienen razón. Síntoma mortal de que han perdido también la razón.

mo si su sistema de valores fuera el mismo que el de la población mayoritaria, es falso, cuando no hipócrita, afirmar que se les está respetando y reconociendo sus derechos. Porque el más importante derecho humano es el derecho a ser uno mismo.